

motivos aceptables, porque ambos relucen en cualquier otra área filosófica. Tampoco la inespecificidad del pensamiento argentino y latinoamericano sería un obstáculo para una temática tan afecta a la interacción con la historia o con la sociología. ¿Por qué entonces no se puede formar un canon?

En pocos años más se cumplirá un siglo de la pregunta de Mariátegui sobre la existencia de un pensamiento latinoamericano. En la época de Mariátegui el “no hay”, además de denunciar nuevamente el reproductivismo acrítico, abre y legitima el proyecto de plenificación futura con raíces propias –con alma indígena y mestizaje–, aunque no sin desconfiar del optimismo desatado con la decadencia de Occidente, e incluso sobre esta misma decadencia. De ella no se sigue el esplendor de América, y el supuesto futuro promisorio constituye el reverso esterilizante del ideal: la simple espera y ensalce de la meta soslayan el proceso de gestación. Si el ideal no potencia efectivamente la actividad actual, oficia de condena y ancla de hundimiento, eternizando el instante pre-filosófico. Así procede la decantación omnimoda en las múltiples vertientes analizadas: la degradación de filósofos en intelectuales o pensadores, la historización que impide la filosofía y desactiva las ideas para hacerlas coleccionables, la fuga de la tradición, la referencialidad incompleta, el ensayismo diletante y opinológico, la barbarie envasada en museo, el burocratismo de la profesionalización, la compasión y la descarga beligerante que denota un trabajo de aula no exteriorizable. En todos estos cauces el proceso, que es por sí filosófico si de este modo lo vemos, se autoabsorbe, congela lo dinámico y convierte la inmensa tierra fértil y fecunda, exuberante como América entera, en desierto. En esta decantación que no se reconoce como tal se deshace la filosofía, se subsume en el “no hay”, otro de los espantos y derrotas que desata el libro de Schwarzböck. Claro que estas decantaciones no las habríamos podido detectar sin la ayuda de muchos filósofos latinoamericanos que ni siquiera mencionamos.

Sobre *Los espantos* de Silvia Schwarzböck

RODRIGO PÁEZ CANOSA (UBA)

De las múltiples cuestiones que plantea *Los espantos* se desarrollarán aquí cuatro que permiten en su discusión pensar aspectos de nuestro presente político desde una perspectiva no ligada inmediatamente a la coyuntura. La primera es la cuestión de la explicitud y sus efectos en nuestra historia reciente. Schwarzböck sitúa el pasaje al régimen pornográfico de lo explícito en la década del '90. Es entonces y más precisamente en la reelección de Menem en 1995 que se consuma una lumpenización¹ total de la sociedad en la que la creencia en la falta de alternativas políticas se traduce en una cómoda resignación a vivir bajo la dinámica del consumo y la “vida de derecha”.

El régimen obscuro y su envés moralizante, la ideología de la transparencia, son dispositivos efectivos para la consolidación del neoliberalismo. En la posdictadura no sólo permitieron consolidar la victoria de los sectores económicos que promovieron el golpe del '76, sino también mostrarse sin tapujos como los auténticos decisores de los asuntos públicos. Mientras que la izquierda, el progresismo y el peronismo tuvieron que reeditarse para encajar en la nueva situación posdictatorial, los grupos económicos se mantuvieron idénticos a sí mismos, como es propio de los vencedores. Así, mientras que la pasión por desocultar era propia de la izquierda, la visibilidad total que la consumó no trajo emancipación, sino una dominación transparente.

Ya en mayo de 2001 Schwarzböck se ocupaba de la cuestión de la explicitud en el prólogo colectivo al dossier “Obscuidad y pensamiento crítico” de la *Revista Adef*.² Allí la obscuidad aparece como un régimen que liquida la crítica en todas sus formas y que mantiene un lazo íntimo con la delación. Con la explicitud la pulsión deve-

¹ Cf. Schwarzböck, Silvia, “Volvieron las clases” en *El río sin orillas*, N° 3, pp. 52-69.

² Cf. *Adef. Revista de filosofía*, Buenos Aires, Altamira, vol. XVI, n° 2, 2001, pp. 87-92.

ladora de la crítica ya no encuentra qué desocultar porque todo está a la vista. Parece entonces revertir su accionar que busca ahora producir aquellas oscuridades que luego querrá despejar. Cuando ya no hay secretos y no se vislumbran alternativas políticas, la búsqueda de sustraerse a la complicidad con los poderosos parece reducirse a señalar al otro y denunciar. Pero ya no estamos en el siglo XIX y quien delata, sólo logra, mediante el deseo vanidoso de embellecer su alma, exponer su rostro más bajo, desagradable y “lumpen”. La denuncia y la exhibición de los aspectos oscuros de enemigos y/o adversarios políticos no colaboran *per se* con un proceso de transformación política. Por el contrario, en su íntima relación con el régimen obscuro, parece cumplir mansamente con el lugar que el régimen de lo explícito le asigna a la manifestación del descontento.

Desde esta perspectiva, la figura de los espantos, con todo lo que tienen de pesimista (puesto que nos vuelve protagonistas de una película de terror), revela cierto optimismo. Por un lado, son la presencia permanente, la visibilidad difusa pero constante de los privilegios y de la impunidad de las clases dominantes como herencia de la dictadura, condensada en la secuencia de un chico pobre que está en la calle en vez de la escuela, y es atropellado y matado por una mujer de clase alta que queda impune (p. 140 *in fine*). Por otro, su espectralidad, su carácter fuera de foco parece cortar en un punto con la explicitud y dejar así un resquicio para la crítica.

La segunda cuestión, que se liga a la de la denuncia, es el modo en que la estrategia progresista de identificar a la derecha con el mal absoluto deja intocado su principal efecto, la consolidación del neoliberalismo. En un contexto de explicitud, la exhibición de fotos de Guantánamo y Abu Ghraib son más efectivas que su ocultamiento para consolidar el vínculo democracia-neoliberalismo y su compatibilidad con el ejercicio de prácticas como la llamada “lucha contra el terrorismo” y la larga lista de negocios legales e ilegales vinculados a ella, amén de otra gran cantidad de desfalcos económicos y políticos. Del mismo modo, la sobreabundancia de denuncias moralizantes acerca del carácter nazifascista o de maldad intrínseca (en cualquiera de sus formas) de la derecha vernácula está en línea con la consolidación y aumento de su poder: “Reputación de poder es poder” decía Hobbes en sus habituales incursiones lúcidas en la *Realpolitik*. “Quien se encuentra frente a una persona de derecha



no logra temerle lo suficiente hasta que no la asocia, de un modo directo o indirecto, con la dictadura” (p. 102). Mientras perdure este modo de pensarla, la derecha conservará un lugar privilegiado, como “sublime maldito”, que la sitúa como una fuente inalcanzable del mal que, por inalcanzable, es apuntalada en su poder e incuestionada políticamente.

La fuente de este modo de pensar a la derecha se encuentra en la incongruencia del interpretacionismo alfonsinista que relativiza todo discurso pero mantiene como una verdad firme la identificación del terrorismo de Estado con el mal absoluto. Junto a la demonización de la derecha, esta incongruencia también se liga a dos cuestiones: por un lado, a una auto-exculpación de la sociedad civil que, sin embargo, se vuelve hipócrita con el exhibicionismo menemista de la operatoria ilegal de las fuerzas de seguridad. Por otro, a la creación de un antagonismo entre sociedad civil y Estado que dificulta su ocupación específicamente política, ya que, asociado al mal absoluto, se lo percibe como una institución reparadora y receptora de demandas, y no como un espacio de construcción de lo común. Perspectiva que perdura incluso en los gobiernos de Kirchner y Fernández en los que se afirmaba “la recuperación del Estado”. Parece producirse así una demarcación del campo democrático-político de la no verdad en el que todo es moldeable y modificable, pero que se constituye a partir de la exclusión del Estado y la derecha que son comprendidos como actores anti-democráticos en su esencia. De allí que queden fuera del campo plástico de la no-verdad y sea tan difícil pensar en ellos la posibilidad de alguna forma de articulación política.

El tercer punto refiere a las continuidades posdemocráticas. Por obvio que sea, es preciso señalar que el hecho de hablar de continuidades no implica que todo sea lo mismo. En efecto, la detección de continuidades se vincula con la perspectiva que se asume para afirmarlas. Una continuidad en el plano económico, por ejemplo, puede darse de la mano de una ruptura en el plano jurídico, etc. Así cuando Schwarzböck señala que la llamada democracia es algo así como la continuación del neoliberalismo por otros medios, no implica que sea lo mismo que la dictadura (introdutora del neoliberalismo), tal como lo indica el concepto mismo de posdictadura. Incluso cuando la explicitud haga que la desaparición forzada de personas, rasgo saliente de la dictadura, se haya vuelto, por su visibilidad, compatible con la democracia.

Es esta explicitud la que se establece como una lógica que consolida el resultado de la dictadura y define la continuidad de los gobiernos desde 1983 hasta el presente.

La larga década menemista [...] pone en evidencia, con su estética explícita, no sólo hasta qué punto los poderes que habían vencido en la dictadura se vuelven, en poco tiempo, compatibles con la democracia, sino con qué grado de eficacia la democracia misma, al autoconcebirse como no verdad, permite que, cuando un ismo se agota, otro lo reemplace sin fisuras, es decir, sin que se altere la estructura económica (p. 129).

Se encuentra implícito que este reemplazo “sin fisuras” de un ismo por otro no se agota en el que va del alfonsinismo al menemismo y, si se quiere, de éste al duhaldismo, sino que se extiende al kirchnerismo. Así, desde la perspectiva estético-política que propone la autora y a la que pertenece la comprensión de los gobiernos bajo la forma de “ismos”, se plantea una mirada de la posdictadura opuesta a la comprensión dominante tanto en el progresismo como en la derecha, según la cual los gobiernos de Kirchner y Fernández introdujeron una importante ruptura con los anteriores. Con matices, esta continuidad es afirmada por Schwarzböck en todos sus artículos publicados en *El río sin orillas*, que constituyen en muchos casos versiones previas de lo desarrollado en *Los espantos*. En “La fiesta y el gasto”,³ donde se aborda específicamente el tema, alfonsinismo, menemismo y kirchnerismo son pensados a partir de la novedad que introdujeron (lo que los constituye como ismos). La cultura, la convertibilidad y la heterodoxia keynesiana respectivamente, constituyeron lo nuevo que activó “la fiesta” de cada gobierno.

El balance de las tres fiestas es diverso. Por un lado, el modelo alfonsinista de la cultura permanece intocado en lo que tiene de libertad y de encubridor de los vencedores de la dictadura (independientemente de las vicisitudes en la financiación estatal de la cultura). En efecto, la cultura aparece como un espacio de catarsis en el que se puede condenar abiertamente tanto la dictadura como todo el proceso posdictatorial. Pero corre el riesgo cierto del cinismo en su imposibilidad, incapacidad o desinterés en la

³ Cf. Schwarzböck, Silvia, “La fiesta y el gasto” en *El río sin orillas*, N° 5, pp. 38-58.

articulación política de dicha condena. La convertibilidad por su parte es percibida como una estrategia siniestra que fracasó (¿es siniestra porque fracasó?) y a la que no hay que volver. De la heterodoxia keynesiana, con lo que tiene de alfonsinista y de no menemista, falta aún el balance, que en nuestro presente tiene como dato central su derrota electoral de 2015.

Desde esta perspectiva estético-política es posible entrever asimismo otro aspecto de la continuidad 1983-2016 que nos conduce al cuarto punto que tiene que ver con la *forma* (y no con el contenido) de la ocupación del Estado por estos gobiernos. Si bien cada uno lo hizo con diversos estilos (cultural-profesional de la ciencias sociales, gerencial, militante), siempre eludieron hacerlo de un modo específicamente estatal.

En un contrapunto con el texto de Abad-Cantarelli, *Habitar el Estado* (como lo explicita en su texto “Un Kostecki y Santillan”),⁴ la autora comparte el diagnóstico acerca de la ausencia de pensamiento *estatal* (que en ningún caso es ausencia de pensamiento, porque en el Estado no hay vacío) y señala leyendo a Walsh el '55 como momento inaugural de dicha ausencia (que también el sociólogo Ricardo Sidicaro en *La crisis del Estado* señala como inicio de la crisis).⁵ La ausencia de un pensamiento sobre sí mismo tiene su contracara siniestra en la preeminencia de las fuerzas de seguridad en el Estado con su accionar no estatal. Ésta es para Schwarzböck la principal omisión de Abad y Cantarelli que, atentos a lo que pasa de día en el Estado, no atendieron o no se ocuparon de lo que pasa allí de noche.

Sin embargo, la racionalidad nocturna del Estado, la de sus fuerzas represivas, abandonó la oscuridad de la noche con el menemismo. Pero no porque haya modificado su accionar ilegal, no estatal, sino porque este accionar es ahora conocido por todos. Con la consolidación del régimen obsceno ha dejado de ser un accionar clandestino. La visibilidad transparente de estos okupas permanentes del Estado

⁴ Cf. Abad, Sebastián y Cantarelli, Mariana, *Habitar el Estado. Pensamiento estatal en tiempos a-estatales*, Buenos Aires, Hydra, 2010; Schwarzböck, Silvia, “Un Kostecki y Santillan” en *El río sin orillas*, N° 7, pp. 56-67.

⁵ Cf. Sidicaro, Ricardo, *La crisis del Estado y los actores políticos y socioeconómicos en la Argentina (1989-2001)*, Buenos Aires, Eudeba, 2010.

produce un desfasaje que deja al Estado en un lugar complejo: mientras que la sociedad identifica gobierno y Estado, imputando a este último las acciones específicamente gubernamentales, la posición de las fuerzas represivas determina una clara distinción entre gobierno y Estado, pero bien distinta de la distinción clásica. En efecto, para el pensamiento estatal clásico el Estado excede al gobierno. Pero se trata de un exceso político, la disolución de un gobierno no destruye al Estado que retiene la capacidad de decidir, incluso por encima de las leyes, los medios para mantener la unidad política en su ser. En nuestra posdictadura el exceso del Estado reside en que está ocupado permanentemente por una fuerza a la vez paraestatal e intraestatal capaz de determinar la continuidad o no de los gobiernos. En ese sentido, la incidencia y autonomía de las fuerzas represivas en el Estado que plantea Schwarzböck hace que las valiosas herramientas conceptuales que plantea el texto de Abad y Cantarelli para desarrollar una práctica responsable de ocupación estatal parezcan juegos de niños que deben ser reemplazados por artillería pesada, napalms y misiles aire-aire.

Pero aun cuando contásemos con munición gruesa, todavía habría que producir el pensamiento que pudiera empuñarla y, tras el desalojo o, como dice la autora, en la lucha permanente que tiene lugar en el interior del Estado, construir algo allí. En ese punto coinciden *Habitar el Estado* y *Los espantos*. Aunque uno piense desde la práctica del funcionario y el otro desde la estética. Ambos coinciden también en cierta incertidumbre acerca del sujeto capaz de producir dicho pensamiento. ¿Quiénes son? ¿Políticos profesionales? ¿Partidos políticos? ¿Movimientos (sociales u otros)? ¿Militantes? ¿CEOs? ¿Intelectuales? ¿Funcionarios? ¿Una vanguardia? ¿Una aristocracia ascética? Esta incertidumbre respecto del sujeto es un rasgo de nuestra época y la herencia más pesada de la dictadura.

El régimen obsceno y su envés moralizante, la ideología de la transparencia, son dispositivos efectivos para la consolidación del neoliberalismo. En la posdictadura no sólo permitieron consolidar la victoria de los sectores económicos que promovieron el golpe del '76, sino también mostrarse sin tapujos como los auténticos decisores de los asuntos públicos.